Westland

Tomas Cardenas Palau

Capítulo 1

I.

Un jinte se internaba en un arido desierto, el sol quemaba con fuerza y el viento era inexistente por lo que el calor era simplemente insoportable, pero eso no evito que aquel solitario vaquero emprendiera su camino. Vagó por aproximadamente 3 dias en aquel desolado paisaje, dormia muy poco en una pequeña tienda que traia consigo, el agua era primordial por lo que la reservaba más para su montura que para si mismo. Guiandose con las estrellas y un viejo mapa aquel vaquero pudo salir del otro extremo del desierto pero casi al borde la muerte, deshidratado, con hambre y con un aspecto demacrado. Al otro extremo del desierto quedaba un condado llamado Nueva Esperanza, el cual era en si una extencion del desierto mismo pero su ciudad principal, Redencion, alcanzaba a recibir agua que provenia del subsuelo por lo que por un tiempo fue prospero y muy conocido, ahora solo era un fantasma del pasado, olvidado, pequeño y corrompido por el libertinaje; antes lugar de nuevos comienzos, de "redencion", ahora lugar de perdicion.

Nuestro intrepido vaquero no logro ver toda la extencion de aquel pueblo pues se desmayo justo cuando ingreso en él. Cuando desperto se encontraba en una camilla situada en lo que parecia ser el consultorio del doctor del pueblo. Al dar las primeras señales de vida, el doctor que tenia un aspecto de extranjero al igual que su acento se acerco a él.

-Pocos son los que entran a aquel desierto y son aun más los pocos que salen de él con vida. Esta usted muy deshidratado y presenta debilidad por la falta de alimento, suerte que me lo trajeron a tiempo y pude darle un conjunto de vitaminas y liquidos para que sobreviviera.

-Mi caballo, ¿donde esta mi caballo?- preguntó preocupado e intentado incorporarse, pero el doctor lo detuvo.

-Su caballo se encuentra en buenas manos, esta en la caballeriza a no mucha distancia de acá.

El vaquero se tranquilizo y se dejo caer nuevamente, cerro los ojos volvio a sumirse en un profundo sueño.

Cuando volvio a despertar sentia como si hubiera dormido años enteros, sentia el cuerpo pesado y rigido y los ojos cubiertos de lagañas que le dificultaron volver a abrir los ojos. Para cuando volvio en si se percato de que el doctor volvia a acompañarle, pero esta vez junto con lo que parecia ser el sheriff del pueblo, un sujeto alto y delgado de facciones finas y

mirada seria.

-Señor- hablo el doctor- Este es el sheriff Tucson dice que quiere hablar con usted con respecto a ciertas pertenencias que usted posee- El convaleciente vaquero se mostro algo nervioso ante aquello.

-Señor- tomo la palabra el sheriff- El doctor me ha contado que usted provino del desierto algo inusual y conociendo que el desierto es más que todo la via de escape más usual de los bandidos de los condados que rodean al mismo, mi pregunta es ¿De donde proviene y cuales son sus intenciones en Redencion?.

Por unos minutos el vaquero se quedo en silencio, analizando la situacion.

-Vengo de Wellington- Dijo con voz baja- No busco nada en particular.

-¿El apellido Ridgwood le suena?- pregunto el sheriff.

El vaquero respondio negando con la cabeza.

-Me temo que tiene que acompañarme hasta la comisaria- El sheriff saco unas esposas y tomo preso al vaquero quien no opuso resistencia y lo llevo hasta la comisaria a pocos metros del consultorio del doctor.

Lo sento frente a su escritorio en el cual estaban las pertenencias del vaquero: El mapa, su cigarrellera, su dinero y un revolver plateado con detalles en oro. El sheriff se quedo analizandolo por unos instantes; el vaquero estaba muy delgado, con el pelo y la barba largos y enmarañados, su pelo era dorado pero estaba opaco sin vida.

-Hace una semana llego la noticia de que en Wellington una familia de acaudalados ganaderos fue asesinada en su propia hacienda la que posteriormente fue quemada hasta los cimientos junto con las cabezas de ganado y trabajadores. Se señala a un sujeto como el autor de aquella masacre y se rumoraba que se habia internado en el desierto y a los pocos dias aparece usted en mi pueblo- El sheriff deja escapar un suspiro- ¿Que piensa usted?

El vaquero manteniendo una actitud serena y impasible se quedo en silencio.

-Vera, tenemos dos opciones aqui: Una usted mismo me dice aqui y ahora quien es o dos yo se lo saco a mi modo ¿me entiende?.

-Haga lo que tenga que hacer- respondio el vaquero.

-Bien.

Capítulo 2

II

Redención era un pueblo que constaba de una calle principal en cuyos lados se encontraban los establecimientos: Barberías, tienda de consumibles, armería, medico y como era de esperarse el burdel. Cada edificio era de dos pisos y en el segundo normalmente se usaba como vivienda en las cuales dormían los habitantes del pueblo. Aquel pueblo era muy pequeño, de unos cien habitantes, a lo sumo y no había la figura del alcalde, en su defecto se encontraba el sheriff Tucson quien era el que impartía el orden y se encargaba de vigilar los proyectos que la gente emprendía, interrogar a los visitantes sospechosos y capturar a los bandidos.

Justo aquella soleada mañana el sheriff Tucson entro a su oficina en la comisaria, venia de buen humor y tarareado una melodía. Colgó su rifle y se dirigió a la habitación trasera la cual era oscura y sucia, llena de ratas y podredumbre, y ahí estaba sentado atado de manos y piernas el vaquero que hacía unos días había llegado desde el desierto.

-Buenos días, a despertar.

El pobre sujeto apenas y podía levantar la mirada.

-Seguimos donde lo dejamos, me dijo su nombre; Thomas, pero necesito que me dé su apellido.

Thomas le escupió sangre en las botas y guardo silencio.

-Veo que sigue empecinado a guardar silencio, bueno, como usted comprobó soy experto en hacer hablar a la gente.

Las tácticas del sheriff eran temibles, todo el pueblo sabia lo que le esperaba a los pobres diablos que irrumpían la paz y tranquilidad del pueblo: Azotes, golpizas de horas, intentar ahogar a la victima en un balde de agua, quemaduras con hierro, en fin, Tucson tenia toda la libertad para usar aquellas horribles tácticas; el era la ley. Luego de unas horas de interrogatorio el pobre vaquero soltó su apellido- Mackein- a lo que el sheriff le dejo descansar.

-¿Si vio que no fue tan difícil?- le dijo sonriendo y se fue a su escritorio dejando al pobre Thomas Mackein en un charco de su propia sangre.

A no mucha distancia de la oficina del sheriff, Rose, estaba terminando con un cliente en el burdel del pueblo. Era una chica hermosa con el pelo rojo como el fuego, la piel clara y llena de pecas en el rostro, curvas y

grandes senos; era tal su belleza que incluso forasteros venían a Redención solo para acostarse con ella, pero eso no la llenaba de orgullo, en cambio se sentía sucia, usada como una servilleta que luego desechan a la basura.

-Que rico estuvo encanto- le dijo al sujeto mientras se volvía a poner su corseé y sus medias.

-Si, toma una propina, te la ganaste- el sujeto le tiro unos dólares y se marchó. A Rose no le importaba el dinero, a fin de cuentas, todo se lo quedaba Bill, su dueño prácticamente, el bastardo que la había tomado cautiva en la ciudad de Saint John en Wellington y ahora la obligaba a prostituirse y como ella las demás chicas del burdel. Por eso Rose estaba esperando, esperando por la oportunidad de poder escapar, largarse de aquel infierno y retomar su vida, aun era joven y tenía una gran inteligencia.

Así continuo su mañana, subiendo y bajando para acostarse con los clientes y así normalmente era el día y como ese eran todos los días tanto asi que Rose se desconectaba y perdía la noción del tiempo e incluso la noción de su propia existencia.

-¡Rose!- la voz de Bill era ronca y carrasposa- ¡Ven acá!.

Bill estaba sentado en una de las mesas de la taberna que quedaba en el primer piso, acompañándole estaba un sujeto de aspecto extranjero, con un fino bigote y el pelo peinado y engominado por lo que era el único sujeto con clase que Rose había visto llegar al burdel.

-Rose este es el doctor del pueblo, el doctor…

-Jacques Delacroix- tenía un fuerte acento francés.

-¡Eso!, es nuevo en Redención, tiene su consultorio a unos cuantos metros de acá, pero es la primera vez que nos visita; un tipo tímido.

-Madame- el doctor beso la mano de Rose- Me han hablado de su belleza por lo que me he llenado de valor y he decidido comprobarla por mí mismo.

Rose se sintió por primera vez alagada, ella sabía de clase y cultura, y el doctor la tenía.

-Adelante Jack- sonrió Bill- ve y haz que me sienta orgulloso.

-Si me permite- hizo un ademan y Rose lo guio hasta el piso de arriba a una de las habitaciones. El sujeto al parecer era inexperto, algo extraño para Rose, no era ni muy joven ni muy viejo por lo que Rose fue quien

llevo el ritmo y no habían pasado unos cuantos minutos cuando el doctor se corrió.

-Mon dieu, mon dieu.

-¿Ya, doctor?

-Si, si, es tal como me la había imaginado; le ruego me perdone por no ser el mejor amante, pero le propongo que los minutos que nos queden me acompañe a conversar y me deje tener su hermoso cuerpo entre mis brazos.

-No se preocupe, por mi encantada- Al parecer el mejor cliente del día.

-¿Qué hace usted, un francés con clase, estudios y modales en una pocilga como Redención?- la curiosidad era grande

-Madame, no crea usted que Europa es diferente a América, allá también usted puede encontrar pocilgas como esta y le aseguro que París no es la excepción, además, no supieron valorar el ingenio que poseo por lo que decidí venir a América, acá si pueden necesitar de un medico como yo más incluso aquí en el oeste americano donde ocurre de todo.

-No sabia que Paris fue tan horrendo como usted lo describe; Londres tiene un mejor aspecto o así lo recuerdo la última vez que fui.

El doctor rompió en risa- ¿Londres?, es usted muy ingeniosa y chistosa me querida dama, pero usted no ha ido a Londres, ¿Cómo podría una mujer como usted?- se jactó riéndose con su estúpido acento, Rose calló- Ustedes los del oeste son muy interesantes, hace unos días llego un forajido desde el desierto, le atendí y ayude, decía que venia de Wellington, pero el sheriff le apreso ya que es un asesino o bueno eso sospecha el sheriff.

<<Wellington>>

-Ya debe de haber muerto, he escuchado lo que el sheriff le hace a los diablos como él

-Si he escuchado yo tambien lo creo- Rose se separo del cuerpo del doctor y comenzó a vestirse.

-¿Qué sucede Madame?- pregunto extrañado el francés y poniéndose en pie la tomo por el brazo- aun nos queda tiempo, Bill me dijo que podía estar con usted todo lo que quisiera.

-Pues cómase a Bill, porque yo tengo que bajar, estoy perdiendo dinero

aquí.

El francés soltó una bofetada.

-Aun no termino- abalanzándose sobre ella cual animal hambriento intento volver a penetrarla, pero la testaruda chica le dio de lleno en los testículos, el doctor quedo inmóvil de dolor sobre el suelo. Rose salió a toda marcha y bajo las escaleras.

-Ya terminé con Jack, vuelvo enseguida Bill, necesito aire fresco- le dijo cuando paso por su mesa.

-Esta bien, pero no te demores mucho, hay más penes que chupar- se rio irónicamente.

Rose tenia un objetivo en mente, quizás lo que tanto estaba esperando había llegado al fin.

Capítulo 3

Thomas Mackein despertó luego de un tiempo en una celda de la pequeña comisaria del pueblo, estaba magullado, adolorido y algo confuso, pero calmado, eso era algo que tenia a su favor tener calma en momentos duros. El sheriff Tucson estaba justo frente a el sentado en su escritorio cacharreando lo que parecía ser una especie de comunicador diferente al telegrama.

-Hola, hola, ¿hay alguien ahí? ¡Jeremiah! ¿Cómo se utiliza esta cosa?- Dio un fuerte golpe a su escritorio y a los pocos segundos su asistente Jeremiah, un muchacho de aspecto bobalicón, nervioso y de baja estatura apareció.

-Señor, señor, tiene que girar la rueda y marcar los números, señor- Era pelirrojo y pecoso y llevaba puesto un sombrero bombín.

-¿Si?, ¿así?- Tucson giraba toscamente la rueda intentando marcar los números correctos- ¿se supone que me contestaran inmediatamente en la oficina del gobernador?

-Si señor, señor, la tecnología avanza muy rápido, señor.

-Bien, bien, aunque soy chapado a la antigua- soltó una ligera carcajada- ah, despertaste al fin, Jeremiah dale algo de comer a nuestro huésped.

Jeremiah le tiro por entre los barrotes un pedazo de pan viejo- Come prisionero- le ordeno, pero Mackein se limito a observarlos cual animal enjaulado, analizándolos por completo.

-Hola, si, ¿es la oficina del gobernador?- Tucson alzo los pies sobre su escritorio mientras hablaba por el teléfono- Si, habla el sheriff Tucson del pueblo de Redención ubicado en el condado de Nueva esperanza, si, vera al parecer tengo a alguien que puede interesarles- dio una bocanada de su cigarrillo- ¿Qué quien es?, es un forajido, llego de Wellington por el desierto y al parecer y según mis pesquisas este involucrado en un crimen que ocurrió en su condado- Se callo unos minutos- Si, si, si ese, ese del hacendado, si, se hace llamar Thomas Mackein ¿le suena?- Su cara cambio de alegría a algo parecido al desconcierto- ¿Cómo que no?, debe de ser él, tiene un revolver plateado con adornos en oro que seguramente debió pertenecer al tal Ridgwood- guardo de nuevo silencio por unos segundos- Bueno, pueden enviar a los Columbia Rogers, no pierden nada con hacerlo y quizás se lleven al sujeto que tanto buscan- Pausa- Correcto, si y de paso traen una medalla o dinero; si, adiós.

Tucson se giro y miro a Thomas

-Parece que los Rogers vendrán por ti, he escuchado lo que hacen con los asesinos como tu- sonrió- te llevaran arrastrado por una soga mientras van cabalgando.

Thomas solo pudo mantenerse en silencio.

Cerca de la comisaria y con mucha discreción, Rose, intentaba ver si era verdad aquello que el francés le había dicho, si aquel forajido venia de Wellington se encontraba retenido en la comisaria y si era así, posiblemente regresaría a allá si le liberaran y ella podría escapar de su infierno, aunque también podría que pasara de un infierno a otro, pero estaba desesperada. Lamentablemente su intento de espionaje se vio frustrado ya que el Jeremiah alcanzo a verla y la llevo a dentro de la comisaria.

-Mire señor, quien estaba espiándonos, señor, es Rose, la puta de la que todos hablan señor.

-No los espiaba, estaba tomando un descanso, tomando algo de aire- dijo frunciendo el ceño haciendo parecer que aquel comentario la había ofendido.

Tucson se levanto de su asiento y se acerco a la chica tanto que le invadió su espacio personal, con su gran mano le acaricio el rostro.

-De verdad que eres hermosa chica, un hombre de ley como yo no es de ir a esos locales vulgares, pero al parecer contigo podría hacer una excepción.

-Oh, sheriff Tucson, me halaga.

-¿Por qué no me acompañas? Estoy tan solo aquí cuidando a los prisioneros- sus manos fueron moviéndose más y más hasta que empezó a tocarle los senos y a agarrarle el trasero.

-A… a… mí también señorita, señorita- Jeremiah estaba ya duro como roca, se le notaba por encima del pantalón.

Rose tenia que seguir en su papel, pero la cosa podría salirse de control, Tucson le aterraba y aquel sujeto bobalicón le daba asco.

-Porque mejor no vamos al burdel, vera, no puedo hacer nada de esa índole cuando estoy trabajando a menos que me sea en el burdel.

-Podemos hacerlo extraoficial- respondió Tucson siendo un poco más

agresivo con sus manos

-No, lo siento señor- Rose intento zafarse sin éxito.

-No te lo estaba pidiendo.

-¡Rose! ¡Rose! ¿Dónde estas maldita puta?- La voz de Bill atravesó toda la calle hasta llegar a la comisaria, Rose nunca pensó que se alegraría de escucharla. Tucson la soltó y la chica salió de inmediato de ahí, sabia que Bill le daría una golpiza por lo que le había hecho al doctor, pero al menos vio de cerca al supuesto forajido, pero no era para nada lo que esperaba: Un sujeto desaliñado con el pelo largo y opaco, la barba crecida y desaliñada; magullado y de aspecto cansado. Pero era ese sujeto o seguir conviviendo con las víboras.

En efecto cuando Bill la tuvo en su poder le dio tal golpiza que la dejo fuera de combate- ¡Nunca se le dice que no a un cliente que paga!- le grito. Luego la dejo en su habitación y les prohibió a las demás chicas que le fueran a ver- Tranquila, tu belleza siga intacta- le dijo antes de irse.

Rose aprovecho ese tiempo recluida para idear el plan para liberar al forajido, tendría que ser pronto, por lo que alcanzo a escuchar vendrían de Wellington los Columbia Rogers y conocía la leyenda de aquellos hombres, fríos, crueles e implacables. Rose cuando entro a la comisaria se percato que la celda donde se encontraba el forajido tenia un pequeño tragaluz que daba a la parte trasera de la comisaria por lo que podría rodearla e intentar establecer algún contacto con el sujeto, proponerle el plan de fuga con la condición de que la sacara de Redención.

Capítulo 4

Aproximadamente habían pasado cuatro días desde que Thomas Mackein había llegado a Redención y siete días desde que este había abandonado Wellington. No eran sus mejores días, era la semana más dura que hubiera tenido, pero estaba tranquilo, su celda no era tan mala, al fin y al cabo, tenía comida, agua y donde hacer sus necesidades; tenia un pequeño tragaluz y sabía qué hora era por la posición del sol. Lo único era que Tucson no desaprovechaba cualquier oportunidad para interrogarle o humillarle, sin embargo, para Thomas eso eran simples palabras, aire, un desperdicio.

Era de noche, las noches en el desierto son frías, silenciosas, tenebrosas. Tucson pasaba la mayor parte del día en la comisaria hasta altas horas de la noche, pero aquella noche el sheriff anuncio a su ayudante Jeremiah que saldría más temprano a jugar póker, su juego semanal. Tucson se jactaba de ser recto y un hombre de ley, pero era un hipócrita, Thomas lo detecto, un tipo de vicios calculados y ocultos.

-Lo vigilare como un halcón señor, si señor- Le respondió Jeremiah haciendo un gesto con la mano a lo militar a la petición del sheriff de vigilar a Thomas. La noche seria buena, Jeremiah no parecía ser de los que les gusta amanecer sino más bien los que se duermen a los pocos minutos.

En efecto la teoría de Thomas fue correcta y el bobalicón de Jeremiah cayo profundamente dormido pasada la hora de que Tucson partiera. El silencio se apodero de la comisaria y la vela que Jeremiah tenia para alumbrar la estancia poco a poco fue apagándose hasta quedar todo el lugar sumido en la oscuridad. Thomas se fue perdiendo también en sus pensamientos, en sueños o ilusiones que poco a poco iban formándose a la par de que sentía su cuerpo más y más pesado. El tiempo fue variando y cuando fue a ver estaba sumido en un sueño, un sueño que al parecer era muy real:

Caminaba por un camino en cuyos lados había arboles muy altos, Thomas los identificó como pinos y aquel camino un sendero en el bosque. Iba a un ritmo pausado, no sentía miedo, pero tampoco se sentía muy seguro en aquel lugar, era como si algo fuera a pasar, algo se aproximaba y una ligera ansiedad le impulso a caminar con más brío y velocidad. De repente una fuerte brisa hizo que los arboles se agitaran de un lado a otro con violencia e incluso el viento le opuso resistencia a su andar.

¡Tú, Thomas! ¡Tú, Thomas! ¡Tú, Thomas!

Una voz profunda que sonaba en todo el bosque, pero Thomas no alcanzaba a ver a nadie. La voz siguió llamándole y Thomas decidió pasar

a correr con todas sus fuerzas, pero luego se percato de que no andaba a ningún lado, era un camino eterno y sus esfuerzos eran en vano.

¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

La voz volvió a hablar y los pinos empezaron a pelearse unos con otros, una feroz batalla, se empujaban unos a otros y se agitaban con violencia; varios incluso fueron cayendo, pero no emitían sonido alguno al tocar el suelo. Thomas temiendo que uno le aplastara volvió a emprender una carrera más sin embargo sus piernas no le respondieron y se quedo estancado en el suelo.

¡Escúchame! ¡Tú, escúchame! ¡Tú!

Un pino se despego por completo del suelo y empezó un descenso justo a su cabeza, pero antes de caer sobre él despertó, empapado en sudor, agitado en medio de la oscuridad.

-Tu, oye, escúchame por favor- Una voz femenina se filtraba por su tragaluz, aunque estaba en un susurro. Thomas miro a su alrededor y solo vio a Jeremiah aun sumido en un profundo sueño- Oye, no tengo mucho tiempo.

-¿Quien eres?- pregunto Thomas también en un susurro acercándose lo más posible al tragaluz

-Eso no importa ahora; lo importante es que puedo ayudarte a salir de aquí.

Thomas se quedo pensando unos segundos- ¿Por qué harías eso?

-¿Quieres salir o quieres esperar que los Columbia Rogers vengan por ti?

-Tú… eres la muchacha del otro día, la que entro aquí a la comisaria.

-¿Quieres o no?- la muchacha estaba inquieta.

Thomas no tenia nada que perder- Claro, ¿Qué hay que hacer?

-Tenemos que actuar rápido, entrare ahí dentro y te ayudare con la celda, sé que Tucson está jugando póker, pero pronto saldrá.

-De acuerdo.

Thomas escucho como los pasos se movían en dirección a rodear la comisaria. La puerta de la comisaria estaba entre abierta y por ella filtraba un pequeño tramo de la luz de la luna. La muchacha vestida con un corseé violeta y tacones negros se coló por la el espacio sutilmente; era

verdaderamente hermosa, Thomas lo pudo contemplar cuando la luz le ilumino el rostro y aquel pelo rojo fuego, pero también pudo percatarse de unas heridas y golpes que tenía.

<<¿Dónde está la llave?>> pregunto la muchacha con gestos para no despertar al guardián. Thomas apunto a Jeremiah

<<La lleva consigo>> se hizo entender.

La muchacha con mucho cuidado se acerco al cuerpo de Jeremiah quien estaba roncado sumido en un sueño profundo. Con suma cautela toqueteo y tanteo para hallarla, pero no había rastro. El ultimo lugar que se le ocurrió a Rose fue debajo del bombín que llevaba puesto; delicadamente alzo el sombrero y pudo contemplar la llave negra sobre el rojizo cabello del muchacho, justo cuando la iba a tomar una mano le apretó con fuerza la muñeca.

-Quieta ahí señorita, ¿Qué hace usted?- La voz bobalicona de Jeremiah sonó en aquel silencioso, a Rose se le helo la sangre y Thomas decidió hacerse el dormido para no delatar el plan.

Rose solo se le ocurrió un movimiento.

-Vine porque en verdad me estaba muriendo en deseos por ti- Su voz coqueta y aquella mirada seductora, sus armas.

-No le creo señorita, creo que usted esta intentando tomarme por tonto, ¿Qué quiere usted con esta llave señorita?- pregunto Jeremiah tomando la llave en su mano.

-Bomboncito- Rose empezó a juguetear con sus manos y a usar todas sus herramientas de seducción- No busco tal llave, te busco a ti; no sabes los cachonda que me puso al verte, somos del mismo color ¿ves?- Rose ondeo su rojo cabello.

-¿De verdad?- Jeremiah fue cayendo- ¿De verdad te pusiste ca…ca…cachonda?- Rose pudo percatarse como se volvía a poner duro.

-Si bomboncito, por eso me fugue del burdel, para estar contigo y sabes- se acercó al oído- es gratis, solo para ti- le susurro.

-¿Con…que…si?- exclamo el excitado ayudante- Demuéstramelo- Jeremiah coloco la llave sobre el escritorio y dejo al descubierto su miembro.

Rose solo pudo hacer una cosa.

-¡Oh…si…señorita!, ¡Que…que…que bien lo hace….usted!- Jeremiah estaba vibrando, Rose pudo ver que había cerrado sus ojos por el placer, esa era

su oportunidad para tomar la llave. Thomas vio el movimiento mientras seguía haciéndose el dormido y comprendió, Rose la deslizo hasta la celda, pero el ruido alerto al ayudante.

-¡¿Qué fue...eso?!- Jeremiah estuvo apunto de ponerse en pie, pero Rose le tomo de los testículos y aumento la velocidad por lo que lo volvió a tener bajo control.

-Eres… sensacional…señorita…no creo…poder aguantar más

Thomas con mucha delicadeza abrió su celda con la llave y se deslizo fuera a un lugar oculto para que Jeremiah no le viera al abrir los ojos.

-¡Si…si, me... me vengo…señorita!- un suspiro y un gemido acompaño el anuncio, Rose solo pudo tragarse aquello aunque estuvo a punto de vomitar.

-¡Eh!, ¿Dónde esta el señor prisionero?- exclamó, pero ya era tarde, Rose le tomo de los testículos con fuerza.

-Guarda silencio a menos que quieras perder el rabo- la chica le miro directamente a los ojos. Thomas le llego por detrás y le ató las manos y luego le amordazo con un pedazo de tela. Rose posteriormente le ató los pies a la silla y cuando ya estuvo inmóvil y sometido Thomas le arrojo a la habitación oscura y sucia donde Tucson le había encerrado días atrás.

-Dulces sueños Jeremiah- le deseo Thomas, el pobre bobalicón solo podía retorcerse.

La pareja salió rápidamente a la calle principal del pueblo y solo la luz de la luna les alumbraba. La calle estaba desértica y el bullicio habitual del burdel que estaba al final de la misma era inexistente.

-Bill cierra las noches de póker, pero deja guardias, suerte que una de las chicas me cubrió, pero hay que irnos, ahora.

-De acuerdo- contesto Thomas- mi caballo según recuerdo está en la caballeriza.

-Andando.

Los dos emprendieron una carrera hasta la caballeriza la cual se encontraba al final de la calle doblando a la izquierda, justo enfrente del burdel. Iban a mitad de trayecto cuando Thomas freno en seco.

-Mi revolver, no está en mis cosas.

Rose le miro extrañada- Que importa, ¡andando!

-No, no me iré sin él; Tucson lo debe de tener.

Rose se angustio y volvió a hacia él enfadada.

-Mira tipejo, no le mame la verga a un estúpido para luego caer presa de nuevo de estos bastardos, ¡andando!

-Vete entonces- le dijo Thomas- roba algún caballo y lárgate, pero no me voy sin mi revolver.

-¿Por qué crees que te saque? No duraría ni un día ahí sola, tu me llevaras a Wellington.

-Tal parece que necesitamos uno del otro, no tienes opción. Voy por mi revolver- Thomas se mantuvo firme.

Rose temiendo que alguien le viera decidió no luchar contra aquel hombre y seguirle el juego, al fin y al cabo, nada podría ser peor que mamarle el rabo a aquel idiota.

-¿Dónde juegan póker?

-Últimamente aquel doctor extranjero presta su bodega subterránea para eso, el francés.

Thomas recordó al hombre, le había ayudado cuando llegó al pueblo

-Andando.

Capítulo 5

El consultorio del doctor estaba totalmente a oscuras y con las puertas atrancadas con llave.

-¿Estas segura de que es aquí?- Pregunto Thomas algo inseguro con respecto al lugar.

-Si es aquí- La muchacha rondaba en busca de algo que respaldara su afirmación- Debe de haber una entrada al sótano. Revisa por detrás.

Thomas rodeo el lote en busca de algo que le indicara que ahí estaban reunidos. En efecto vio algo peculiar- Ven, creo que encontré algo- Rose se acercó y confirmo que ahí era el sitio; una luz brotaba en el limite entre el edificio y el suelo por lo que había una pequeña abertura, una especie de agujero por el cual la luz con la que iluminaban el sótano se escapaba hacia afuera, aunque no era tan perceptible a simple vista, pero tampoco tan oculto.

-Antes de hacer algo- Rose le tomo por el brazo- ¿Cuál es tu plan?, ¿entrar y pedirle amablemente que te devuelva tu revolver para largarnos de aquí?

-No sería mala idea- bromeo.

-Ahí dentro están: Bill, Tucson, el francés y posiblemente el sacerdote del pueblo jugándose los diezmos de la gente.

Unas voces y estruendos se escucharon provenientes del burdel a unos metros del consultorio.

-¡Mierda! Debieron de haberse dado cuenta de mi ausencia- Rose se asomo a la calle de nuevo y vio como los guardias de Bill rodaban la zona armados con linternas de queroseno. Luego volvió a donde Thomas- Solo te queda entrar vaquero.

-Eso hare.

Thomas se acerco a la abertura y chiflo hacia dentro de la estancia.

-¡Tucson! ¡Tucson!, sal de una vez- le llamo desafiante.

A los pocos minutos la puerta principal del consultorio se abrió de par en par y salieron los cuatro jugadores, Thomas y Rose les enfrentaron en la calle.

-¿Qué mierda haces tu aquí? ¿Dónde esta Jeremiah?- Tucson estaba visiblemente impresionado y disgustado.

-Vengo por lo que es mío Tucson, mi revolver.

-¿Tú?, sucia rata, ¿Cómo te atreves?.

Rose se vio cara a cara con Bill.

-Rose querida, me imagino que tu tienes que ver en algo con esto ¿o me equivoco?- Bill era un viejo de baja estatura, con el pelo y la barba blancos, casi mueco y con un brillante diente de oro; era asqueroso, su piel arrugada y quemada y su mirada siniestra y burlona.

-Maldito. Sabias que un día lo intentaría Bill, escapar.

-Si, no eres tan estúpida como las otras- En ese momento los guardias del burdel llegaron a la pequeña aglomeración arrastrando con ellos a una de las chicas, al parecer la que había cubierto a Rose.

-Lo siento Rose, pudieron conmigo- la chica estaba golpeada y sometida ante los gorilas de Bill.

Tucson tomo la palabra- Bueno señor Mackein y señorita Rose, al parecer se encuentran en un aprieto, ¿no creen?

-Seremos dos, pero no somos mancos- respondió Thomas a la afrenta

-Pero lo serán hijo- se rio Bill- Rose volverá conmigo y solo vera el sol si tiene la cabeza hundida en la almohada apuntando hacia el horizonte.

-Y tú, Mackein, vendrás conmigo o te mato aquí mismo, no me importa si los Rogers se van de aquí con un cadáver.

-Propongo un duelo- desafío Mackein.

-¿A si?, ¿me pregunto, estas armado?- se burló Tucson.

-No me refería a un duelo de balas, ¿sigue siendo noche de póker, verdad? Los reto a una partida. Si ganó, la chica y yo salimos de aquí intactos, yo con mi revolver.

Todos los presentes se rieron a excepción de la chica del burdel, Rose y Thomas.

-Digamos que te seguimos el juego, ¿Qué apuestas? ¿Qué puedes tener tú

que nos interese?- pregunto Tucson.

-Dices que yo mate a los Ridgwood de Wellington, bien, lo hice y sabes que sé también, donde el hombre guardaba su dinero.

-No me digas ¿En la reserva federal?- bromeo Tucson con ironía.

Thomas saco el mapa con el cual había podido llegar a Redención- En este mapa Ridgwood apunto el lugar- señalo una especie de símbolo en el mapa- Aquí esta en el condado de Cortez. ¿Qué crees acaso que estaba buscando cuando me capturaste?

Tucson se quedo pensando por unos minutos.

-Bill, manda a tus chicos, que los apresen- ordeno Tucson y Bill con un chiflido ordeno a sus guardias y estos sometieron a Thomas y a Rose.

-Eres un pésimo negociante chico, me acabas de mostrar tu carta y estas en desventaja; ahora te tengo a ti y a tu tesoro.

Thomas rio- Sin mi es solo una perdida de tiempo. Si llegas habrá una serie de trampas y claves, si fallas alguna el dinero desaparece. Solo yo las conozco.

-¿Si? Mentiras.

Thomas vio a Tucson directamente a los ojos con frialdad- Me los confeso el propio Michael Ridgwood padeciendo del dolor y la tortura. Puedes apresarme, matarme, pero sé- Thomas dejo escapar una sonrisa- Que, aunque la ley sea tu esposa, el dinero es mejor amante.

Tucson medito unos segundos

-Cuando gané tú mismo me escoltaras hasta el lugar y al tenerlo en mi poder llamaremos a los Rogers y tú mismo te entregaras.

-Tienes mi palabra.

-Bill, te daré un pedazo del tesoro eso cuenta como el valor a apostar por la chica. Si va a tener la cabeza enterrada en una almohada al menos seré yo quien la esté enterrando.

Bill se echó a reír con aquella risa chillona- Hecho sheriff.

-Padre Gregorio, bendiga la mesa; francés, revuelve las cartas.

Capítulo 6

La habitación estaba sumida en la oscuridad.

En ese momento las criadas entraron a la habitación, corrieron las cortinas y le llevaron el desayuno a la cama.

-Despierte señor, llegara tarde- La voz de Susan era dulce e infantil muy diferente a la de su hermana gemela Dayan. Las criadas eran apenas unas jovencitas que estaban en su máxima expresión de juventud, belleza y sexualidad, justo como le gustaba al gobernador, ser atendido por ángeles. El hombre se agito en su cama y al abrir los ojos la luz le encegueció y con torpeza busco sus gafas en la mesa de noche.

-Susan; el periódico. Dayan, el cigarro- Ordeno con voz soñolienta y aun aturdido por el sueño. Incorporándose en el espaldar de su cama recibió el desayuno en bandeja: Tostadas francesas, huevos con tocino, café, jugo de naranja y un vaso de whiskey bourbon, su preferido. A los pocos minutos llego el periódico y el cigarrillo.

-Susan envía un telegrama a la gobernación, diles que voy retrasado- Dio una calada del cigarro y siguió inmerso en el periódico.

-Ya no hay telegrama señor, ahora hay teléfono- respondió la joven criada.

-Diferente canal, mismo mensaje- terminó- Dayan, masajéame los pies- La joven muchacha quito la colcha de dormir y dejo al descubierto los arrugados pies del gobernador, callosos y con las uñas algo amarillas y largas.

-Oh, si, tienes un don niña- le dijo entre gemidos de placer.

-Esta usted hoy de buen humor señor- observo la criada.

-Claro que sí, ¿Por qué no estarlo?

-Algo especial

-Muy especial, hoy inicia la concesión ferroviaria más grande de todo el país y adivina quién está en primera plana.

-Usted

-Acertaste. Ven recibe tu premio- La chica se acerco y el viejo le dio un beso en los labios y le agarro los pechos- No puedo resistirme, ustedes hacen de mis días lo mejor- Dijo sonriente el gobernador; ya su piel era

arrugada, su cabeza calva, su visión borrosa, pero su libido seguía siendo igual de fuerte.

Pasadas las diez de la mañana partió de su mansión a las afueras de Saint John hacia el centro de la ciudad donde se encontraba la casa gubernamental. Había declinado el ofrecimiento de vivir ahí ya que un hombre como él necesitaba privacidad, lejos de la mirada de curiosos; sus gustos algo excéntricos dirían algunos, pero su carisma y elocuencia seguían intactos.

Saint John rebosaba de vida: La gente se paseaba por la ciudad, el mercado estaba en furor, los niños iban a las escuelas, las mujeres hacían la compra, los niños vende periódicos gritaban a todo pulmón, el martilleo de las herramientas en las construcciones cercanas y la llegada de los ganaderos a vender sus productos eran el pan de cada día. Saint John era la urbe más productiva, movida y esplendida de todo el sur del país y pronto con el ferrocarril que la conectaría al oeste. Las viejas costumbres de bandidos, indios y cuatreros estaban quedando en el pasado; el progreso sustituiría todo aquello.

Llego vestido tan elegante como siempre, con su traje blanco, su reloj de bolsillo; un sombrero alto a juego y sus zapatos de charol negros y de acompañante su bastón negro con forma de león.

-Señor gobernador le están esperando en su oficina- le anuncio su secretario.

-Perfecto.

Cuando llego a su oficina dos hombres bien vestidos estaban esperándole.

-Gobernador Rashford, es un placer- se presentó estrechándole la mano. El gobernador hizo lo propio con ambos.

-Caballeros, siéntense, relájense ¿whiskey?

-Whisky, nos gusta más el escoces.

-Excelente, excelente, lo traerán de inmediato.

En ese momento entro el secretario con un portafolio y una botella de whisky de malta escoses y tres vasos con hielo.

-Dillan, retírate- ordeno y su secretario deja la estancia cerrando la puerta tras de sí. El gobernador sirvió los tragos y se sentó junto a sus invitados

en las acolchadas sillas de cuero.

-Antes de continuar con esta charla de negocios, me gustaría saber sus nombres caballeros- dijo el gobernador haciendo alarde de su sonrisa aun brillante a pesar de la edad.

-Yo soy Friedrich y este es mi socio Howard- Friedrich al parecer era el más abierto de la pareja, tomaba la palabra y se presentaba por su socio. Ambos eran jóvenes, altos, apuestos y con un semblante muy firme; sus modales demostraban ser algo más que simples ricachones.

-Perfecto, verán señores, no acostumbro a hablar de trabajo y de negocios inmediatamente. Soy alguien que le gusta platicar ¿entiende?

-Claro que sí señor, pero comprenda que no podemos perder valioso tiempo, necesitamos discutir ciertas cosas con usted.

-Claro, claro, con ustedes hare una excepción- dio un trago- Dígame ¿todo va bien?

-Como acordamos esta es una concesión semi privada entre el Estado, ósea usted y nuestra compañía la Ferro Company, ¿correcto?

-Si, es correcto.

-Revisando el mapa de la zona por la cual pasara el ferrocarril veo que hay ciertos predios que son de carácter privado y cuyas escrituras no se nos han mostrado. No es que dudemos de su palabra gobernador, pero no nos gustaría recibir una demanda por mala praxis por algún terrateniente al cual vulneramos sus tierras.

-Entiendo caballeros, ¿podrían decirme que predios en particular?

Howard el callado abrió su portafolio y puso sobre la mesa de centro el mapa de los tres condados del desierto y en esté estaban señalados ciertos puntos.

-Mire- apunto Friedrich- La hacienda María, la hacienda Rosales, la hacienda Yucatán y la hacienda Esperanza. Últimamente hemos escuchado rumores de que han vendido, pero que las circunstancias de la venta han sido un poco- hizo una pausa- extrañas.

El gobernador dio un trago- ¿Extrañas?

-Si, las escrituras no se nos han mostrado y se dice que incluso ha habido

muertes.

El gobernador se quedo un rato viendo el mapa con aire pensativo.

-¿Deberíamos preocuparnos?

-En lo absoluto; si le parece puedo decirle a mi secretario que les muestre las escrituras que, de aquellas tierras, no hay ningún inconveniente- Respondió muy jovialmente el gobernador.

-Eso sería perfecto.

-Bien, pienso lo mismo, ¿un brindis? Seremos los personajes más influyentes del país señores, se los puedo asegurar.

La conversación cerro con un choque de vasos y posteriormente un saludo a la prensa acompañada de una fotografía, un nuevo invento. Al día siguiente los titulares hablarían de como el gobernador Rashford seria el impulsor del progreso en el estado de New Columbia.

Capítulo 7

El sonido de los cascos al chocar con el suelo de piedra del desierto hacía eco en aquel silencioso y solitario paraje. El viento era inexistente y el sol era ardiente, brillante y enorme tanto que los hombres que vagaban por aquel lugar sentían como su piel se quemaba lentamente y como el sudor les recorría desde la primera vertebra de la columna hasta ese punto donde el ano y el pene se encuentran.

Thomas iba atado cual semoviente e iba caminando a diferencia del doctor Jacques de la Croix y el sheriff Tucson quienes iban en lomos de sus respectivas monturas. Aquel trio había abandonado Redención a primera hora del día cuando el sol apenas se divisaba pintando el cielo de tonos rojos anaranjados; tal como lo había prometido, Thomas, guiaría al sheriff al tesoro de Michael Ridgwood. Thomas había no solo perdido la oportunidad de escapar de las garras de aquel avaricioso y corrupto hombre de ley, sino que también había frustrado los planes de aquella prostituta que a pesar de que sus intenciones eran de auto conservación, el simple hecho de haberse arriesgado a sacarle de la prisión ya era decir mucho, lamentablemente lo jugo todo y perdió pero más que su propia libertad era su conciencia lo que le pesaba y lo que posiblemente aquella chica estuviera sufriendo por parte de su captor Bill.

-¿Cuánto falta para llegar a Cortes sheriff?- Pregunto el doctor con voz cansada y enfocando la vista en busca de algún remanso de paz de aquel infierno.

-Unas cuantas millas al norte- Respondió el sheriff siendo impreciso, pero con un temple aun mayor que el de su acompañante- New Columbia es el estado más grande del país, cruzar de un condado a otro no es tan sencillo como en otros.

-Pude darme cuenta.

Thomas en cambio a pesar de estar callado estaba al borde del desmayo. Las piernas ya le dolían, la cabeza le iba a estallar y los labios estaban resquebrajados y partidos por la deshidratación e insolación que estaba recibiendo.

-Creo que su guía no durara mucho a este ritmo- observó el doctor- deberíamos realizar una pausa y retomar.

-¿Está usted loco?, es la hora más peligrosa, parar significaría estar expuestos directamente al sol y de paso no abarcar camino. Mackein aguantara, sino- sonrió maliciosamente- le daré a los Columbia Rogers un

cadáver con quemaduras.

Luego de una hora de viaje los viajeros lograron pasar la frontera desértica y empezaron a ascender en la geografía pasando de un pasaje inerte, amarillo, seco, infernal y solitario, a un paisaje que pintaba más a tener agua y una temperatura más baja. Cortez era el segundo de los tres condados del desierto que mejor se encontraba tanto económica como políticamente, pero eso no le dejaba exento de ciertas molestias como la aun existente cacería de indios que los militares brindaban y los esclavos aun trabajando en haciendas.

Llegaron a una pradera de verdes pastos al borde del acantilado por el cual se podía ver el desierto en su vasta extensión asemejando a un enorme océano. El camino de subida no fue fácil y Thomas cedió a las condiciones de esfuerzo por lo que de mala gana Tucson le ato de pies y manos para después subirlo a lomos de su caballo cual saco de comida. El sujeto despertó horas después en el improvisado campamento que el sheriff y doctor habían montado en el borde del acantilado verde. El doctor le atendió y dio agua y comida, aunque aún estaba atado.

-Lo consiente mucho doctor- Dijo Tucson molesto por los tratos que le brindaba a Thomas.

-Señor, soy médico, no espere que me quede cruzado de brazos ante alguien que necesita mi ayuda- Tucson torció los ojos.

Thomas le observo directamente a los ojos sentado y atado como estaba. Tucson era despreciable.

-¿Qué me ves?- pregunto el sheriff devolviéndole la miranda y frunciendo el ceño en respuesta a lo que para él era una mirada retadora. Thomas sin embargo no respondió, pero continuo sin bajarla.

Luego los tres estuvieron alrededor de una fogata que les daría calor ya que la noche que se avecinaba a diferencia del día seria helada como el corazón del diablo.

-Dígame una cosa doctor, ¿Qué lo trajo aquí?- pregunto el sheriff rompiendo el fino y tenso silencio que se paseaba por los tres hombres.

-Paris, Francia, Europa son lo mismo a decir Redención- respondió el doctor dejando entrever en su voz un atisbo de nostalgia al mencionar a su vieja patria, aquello fue curioso y llamo la atención del sheriff como de Thomas.

-¿A qué se refiere?- la intriga del sheriff era evidente.

-Redención o New Columbia parecen ser lo mismo: Un polvorín y mi vieja patria es algo peor; un juego de té hecho de porcelana.

-Déjese de comparaciones Doc y explíquese.

-Pareciera que este lugar siempre está al borde de la autodestrucción, pero en si eso no importa, esta nación es reciente, joven, puede darse el lujo de ser imperfecta- Jacques dejo escapar un suspiro- Pero Europa a pesar de sus tantos años parece no aprender las lecciones del pasado que están ahora mismo a punto de pasar factura, al igual que el juego de té parece ser algo lindo, pero es frágil y ahora mismo esa fragilidad está a punto de romperse, lo presiento. Por eso decidí venir a estar dentro del ojo del huracán, aquí donde la violencia es tan real y a la vez tan cercana para cuando me enfrente a ella en mi patria no se me sea tan difícil.

Tucson se quedó callado siendo esta vez Thomas quien hablara.

-Una guerra.

-Sí, una gran guerra.

-¿Cómo lo sabe?- pregunto Thomas sorprendido de tal noticia.

-Los tiempos lo predicen, existen tensiones entre los grandes países, el progreso y el avance tecnológico trae consigo avances militares. Es solo cuestión de tiempo.

Se fueron a dormir cuando ya la luna brillaba en la cúspide del cielo y los vientos llegaban helados. Thomas a pesar de que el frio le calaba lo más profundo de sus huesos el cansancio era tal que callo profundamente dormido. Soñó con muchas cosas: La prostituta de Redención, la apuesta perdida y por alguna extraña razón vio atisbos de una guerra industrializada, violenta y salvaje a raíz de la predicción del doctor. Tucson le levanto con cortesía: una patada.

-Estamos cerca del lugar ¿cierto?- se le acerco con mapa en mano.

-Sí, el cementerio de la ciudad de Castillo.

-Bien.

Según el mapa y los cálculos de Tucson se encontraban a un día de viaje más, tendrían que atravesar las praderas y el bosque de Cortes pasando por los sembradíos y el fuerte militar.

-¿Por qué si sabias del lugar no fuiste?- pregunto Tucson a Thomas en medio del trayecto a lo cual el prisionero se guardó su respuesta- Lo he venido pensando y la verdad es que no tiene mucho sentido para mí. Por

lo que me lleva a pensar que posiblemente estoy siendo engañado.

-Es usted un sujeto misterioso, Thomas Mackein- expreso el doctor ante el silencio acerca de las conjeturas del sheriff.

-Di mi palabra- respondió rompiendo su silencio- No le miento.

-Te creo a pesar de todo chico- sonrió Tucson- Además no creo que basaras en mentiras la confianza que te dio Rose- El muy maldito sabía que Thomas no había dejado de pensar en la chica.

-Es una chica encantadora, aunque peligrosa- Añadió el doctor.

-Así me gustan. Agresivas- terció con picardía Tucson- Cuando vuelva con el botín se la comprare a Bill, el muy bastardo la trata como una yegua.

Brillando en su funda estaba el revolver plateado y Tucson lo llevaba consigo, Thomas sintió como este ahora se había convertido en un objeto más importante por lo que representaba y lo que representa, su derrota en Redención.

Capítulo 8

El gobernador Rashford se encontraba en su gran oficina leyendo un libro y disfrutando de un cigarro con una calma y elegancia digna de la realeza europea. En ese momento su secretario penetra en la oficina rompiendo con el aura de dignidad que había como cuando en una orquesta alguien desafina aparatosamente; iba algo ansioso, sudando y con la palabra en la boca.

-Gobernador, tenemos un problema- dijo con su estridente voz igual al de un adolescente, con los lentes empañados de su propio sudor, la corbata desarreglada y los ojos cansados como si no hubiera dormido en un buen tiempo. El gobernador haciendo alarde de su calma no se irrito ante aquella interrupción, aunque no fue para nada de su agrado, dejo el cigarro y el libro y con su voz calmada intento brindarle paz a su asistente.

-Dillan, tranquilo, respira. ¿Qué ocurre?- pregunto a la vez que hacia un ademan para que el muchacho se sentara y ordenara sus ideas.

-La escritura de la hacienda La María no está.

El gobernador tuvo el impulso de reírse y esbozo una sonrisa- ¿Por esa pequeñez te noto algo agotado y nervioso Dillan?, creí sinceramente que era algo más grave.

-Señor- el muchacho trago saliva- Es la hacienda de los Ridgwood.

Por un breve momento aquel nombre logro una especie de reacción en el arrugado rostro del gobernador, pero así de rápido como se pudo apreciar así también desapareció. El anciano político se puso en pie con bastón en mano y se dirigió al mini bar con la intención de tomar un trago.

-¿Whiskey, Dillan?- le pregunto con un tono tranquilo, como si el tema de conversación de unos segundos atrás fuera cosa del pasado, sin importancia.

-¿Señor?- el muchacho seguía ansioso y extrañado ante tal reacción- ¿Si me escucho lo que le dije?

El gobernador giro su cuerpo sosteniendo en una mano el licor y con una mirada seria- Si Dillan, si te escuche- dio un sorbo- Necesito que llames a mi hermano.

Por su voz ahora fría y mandona, Dillan entendió que el asunto tendría la importancia que requería por lo que asintió con la cabeza y desapareció del despacho con la misma velocidad con la que entro dejando al viejo

hombre nuevamente solo. Aquel nombre había incomodado al gobernador, él lo sabía y no le gustaba admitirlo por lo que no pudo retomar su lectura y en vez de eso se paseó por la sala y un vaso de whiskey sucedió al otro y al final termino acostado en su butaca fumando un cigarrillo.

Landon Rashford a pesar de su edad poseía un gran temple y si algo le había enseñado la vida era a siempre esperar lo peor, pero estar lo suficientemente sereno como para poder pensar en una solución al problema. Había sido gobernador por más de cinco años del Estado de New Columbia y la verdad era que a puertas de que su periodo terminara "El coronel" como le decían algunos de sus compañeros más cercanos se mantenía aun dispuesto a tomar medidas en los asuntos pertinentes. Un tipo discreto, cauteloso y de armas tomar. Enemigo de muchos y amigo de pocos; sagaz y perspicaz y con un selecto paladar tanto a las mujeres, los licores y en especial los negocios y esto último era lo que más le satisfacía, ganar en los negocios. Su apellido era su escudo y símbolo, por eso lo había llevado a tan alta posición política y social, la concesión ferroviaria seria su legado tanto para la gente que le quería y apoyaba como para su familia.

A las pocas horas y ya con el sol en descenso la puerta del despacho gubernamental volvió a abrirse y Derek Rashford entro en escena encontrando a su hermano mayor dormitando en su butaca.

-Landon, despierta de una vez vejete- le ordeno con su voz gruesa y potente digna de su cuerpo alto y robusto como un armario y su larga y espesa barba.

-No dormía- respondió con los ojos cerrados- reflexionaba.

-Lo que tú digas- respondió el hermano menor sarcásticamente- ¿Qué necesitas Landon?- preguntó impaciente como quien quiere irse rápidamente.

-Siéntate.

-Aquí estoy bien.

-Bueno- El viejo se incorporó y encendió de nuevo su cigarro- Como quieras- dejo escapar una nube de humo y fue entonces cuando miro a su hermano a los ojos; era su viva imagen solo que más joven y con un temple mayor, pero aun así él era el hermano mayor, tenía que demostrar superioridad. Se levantó y se sentó en su escritorio.

-Tenemos un problema.

-¿Tenemos?- pregunto Derek con algo de burla- Dirás tienes.

-Digo tenemos porque si yo tengo un problema es lo mismo a decir que TÚ tienes un problema.

-Ajá- siguió Derek acercándose al escritorio de su hermano.

-Hacienda La María, ¿te suena?

-Si claro, la grande que queda a unas pocas millas de acá, verdes pastos y muy buen terreno.

-Bien, no aparecen sus escrituras y creí haber escuchado que tú las habías obtenido todas.

-Y lo hice- Derek no pareció gustarle el tono de su hermano- Se las di al inútil de tu secretario.

-Pues no aparece la escritura de esa hacienda.

-Que busque bien.

-Si Dillan me dice que no están puedo dar crédito y pongo mi mano en juego de que en efecto no están. Así que hermanito tenemos un problema.

-¡Que busque bien!- Derek se impaciento ante aquel interrogatorio- Y si no estuviera, ¿Qué importa?

-Importa porque es la hacienda de Ridgwood.

Por un momento Derek se quedó callado y con la mirada perdida.

-¿Y?- pregunto sin darle importancia.

-Tu sabes porque importa Derek- Landon dio una calada de cigarrillo y dejo una pausa para luego preguntar- ¿Sabes dónde puede estar?

Derek pensó por unos instantes- Escuche rumores de que el viejo Ridgwood guardaba ciertas cosas de valor en un lugar secreto, algo que solo él sabía.

-¿Quién puede decirnos? ¿el chico aquel?

Derek se sentó por fin frente a frente con su hermano

-Nadie sabe dónde está, se ha podido cambiar el nombre, ha podido irse a

México o simplemente murió.

-Está vivo- respondió Landon como si el mismo lo hubiera visto con sus propios ojos- Recibimos una llamada hace una semana de parte del condado de Nueva Esperanza, un pueblo llamado Redención, al principio no le di importancia, pero ahora no puedo darme el lujo de cabos sueltos con el proyecto ferroviario a puertas de empezar.

-¿Qué quieres que haga?

-Que lo busques con los Rogers- respondió Landon con obviedad- y hagas te diga donde Ridgwood escondía esas malditas escrituras.

Derek y Landon se separaron con la misma frialdad con la que se encontraron. La noche era clara, despejada, con las estrellas brillando en el firmamento, Landon veía por su ventana como las personas de Saint John encendían sus lámparas de queroseno y al igual que ellas tenían en su mente la claridad de lo que había que hacer.